

10 Ap
SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La vida íntima

COMEDIA EN DOS ACTOS

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

LA VIDA ÍNTIMA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

642:9

LA VIDA INTIMA

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO LARA el 15 de Octubre de 1898

TERCERA EDICIÓN

MADRID

Q. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1904

M. Excmo. Señor

Don Angel González de la Peña

en testimonio de gratitud y cariño

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

<i>Adelina</i> <i>Adela</i> LAURA.....	SRA. PINO.
FRASQUITA.....	RODRÍGUEZ.
DON MELQUIADES.....	SR. BALAGUER (J.)
BERNABÉ.....	SANTIAGO.
FABIO.....	RAMÍREZ.
POLILLA.....	LARRA.
DIEGO.....	BALAGUER (M.)
DON TELESFORO.....	GONZÁLVEZ.
PEPE.....	VALLE.
UN FOTÓGRAFO.....	ALEMÁN.
UN CRIADO.....	ROMERO.



MIGUEL BALBUENA

ACTO PRIMERO

Comedor de casa de don Melquiades, en Madrid.—Puerta en el foro, dos á la izquierda del actor y una á la derecha en segundo término: en primer término un balcón. Inmediata á él una tarima con brasero. Un aparador á la izquierda del foro. Delante, en segundo término, una mesa. En el aparador un frasco con bencina. Encima de la mesa un cepillo. Sillas altas y bajas de clases distintas, pobres, como todos los muebles. Colgada del techo, sobre la mesa, una lámpara de petróleo encendida. En la pared algunos cuadros y un reloj descompuesto.

ESCENA PRIMERA

LAURA, DON MELQUIADES y FABIO

(Laura y Fabio sentados al brasero; don Melquiades pascando. Al levantarse el telón aparecen los tres abstraídos y meditabundos.)

- MEL. (Deteniéndose después de algunos paseos y dando un suspiro.) ¡Ay!... En este momento se levanta el telón.
- LAURA ¿Te lo da el corazón, papá?
- MEL. Sí, hijos míos.
- LAURA ¿Cómo estará el pobrecito autor del libro entre bastidores?
- FABIO Como estamos nosotros aquí... Escalofrío más ó menos.
- LAURA ¡Ay, yo no quiero pensar que silben la obra!
- MEL. ¡Calla, por Dios, que se me pone la carne de gallina!

- FABIO — ¡Sería horrible! ¡Continuar en este estado de pobreza que nos consume á todos y que á mí me obliga á salir á la calle hecho una lástima!... En las rodilleras del pantalón parece que llevo matute... Luego, esta es otra: de día... bien se puede salir á cuerpo sin desdoro, aunque muerto de frío; pero de noche... ¿quién se lanza á cuerpo de noche? ¿Cómo le digo yo á mi novia que no tengo gabán?
- LAURA No, si no hace falta que tú se lo digas: con que te vea sin él y tiritando como un perro chino...
- FABIO — ¡Echalo, échalo á broma si te parece!
- MEL. ¡Y hace bien la muchacha! ¿Qué valen tus trapos junto al pavoroso problema de los acreedores en el caso de una derrota? El del carbón.. el de la carne... el de la tienda... el de.. ¡Cinco nos amenazan ya con el embargo!
- FABIO — Y por si fuera poco, ese vampiro de la casa de préstamos me ha dicho hoy que ya no aguarda más.
- LAURA ¡Dios mío, allí que está toda nuestra ropa!
- FABIO — ¡Y todos nuestros muebles!
- MEL. ¡Como que allí no faltamos más que nosotros!
- FABIO — Para que se venga la niña con chafalditas de mal gusto...
- LAURA No te apures, hombre: se arreglará todo: tendrás *macferlán* y dejarán de llamarte en la Castellana el novio de entretiem po.
- MEL. Es verdad, hija; ¿á qué entristecerse?
- LAURA ¿Por qué han de silbar la función?
- MEL. Eso, eso es lo que yo pregunto: ¿por qué han de silbarla? El libro no es ningún disparate... ¡y ya conocéis la partitura que yo he compuesto! Bernabé, el pobrecillo Bernabé, que tanto nos quiere, saltaba hoy en la butaca durante el ensayo general.
- FABIO — ¡Me juego el *macferlán* á que te llaman en el duo!
- LAURA Sí; pero el número más bonito es el de las cuatro estaciones... ¿Quién hace el Otoño, papá?

- MEL. La Pérez.
- LAURA ¡Ay, estará guapísima!
- MEL. ¡Guapísima! Es una mujer que... ¡Tiene un juego de caderas tan teatral!... Y ¿dónde me dejais á las coristas, vestidas... bueno, sí... *vestidas* de brisas otoñales? ¡Mira que la entrada de los violines cuando salen ellas!... (Tarareando.) Tararí... tiraró... tarirorí... Pues ¿y el efecto que les saco á las flautas al empezar la caída de la hoja?
- FABIO ¡Oh!
- LAURA ¡Qué lástima, papá, que no puedas presenciar tu triunfo!
- MEL. ¡Qué quieres, hija!... Me ha faltado valor...
- FABIO Y á mí también... Estoy seguro de que si voy allá y hay marimorena... me da el ataque.
- MEL. Y sobre todo, ¿quién sale á escena con esta americana?... ¡El empresario es un roñoso! Como se trata de mi primera obra, no me ha querido anticipar ni un cuarto.
- FABIO Díganlo mis botas, que no las puedo mandar á la zapatería, para que les echen siquiera unos tacones.
- LAURA ¿Otros tacones, Fabio?
- FABIO ¡Otros tacones, Laura!
- MEL. ¡Gastas mucho, hijo mío!
- FABIO ¡Papá, no gasto más que los tacones! ¿Acaso dispongo de un real de esa miseria que cobro en la Diputación en calidad de ama de cría? Digo, ¿eh? ¿Y ese golpe? El día que mi novia se entere...
- LAURA Se pondrá tan contenta. En estos tiempos es una ganga un marido que á la vez es ama de cría...
- FABIO ¡Laurita... que vamos á reñir!
- MEL. ¿Reñir con tu hermana? ¿Por qué? ¡Si esta noche se acaban los apuros! Aunque el libro sea un adefesio y la música otro, la obra se aplaude.
- FABIO ¿Qué me cuentas?
- MEL. ¿No os he dicho el reparto de localidades que he hecho?
- LAURA No.

- MEL. ¡Pues es peregrino! El buenazo de Bernabé las ha llevado todas... Mira: el sastre está en butaca de orquesta; el sombrerero en la primera fila de las otras; el zapatero en la segunda; el del petróleo en la tercera; el amo de la casa en un palco entresuelo; el panadero en uno principal; el de la tienda en delantera de anfiteatro; el del carbón en el paraíso; el de las verduras...
- FABIO — Bueno; así todos ellos...
- MEL. ¡Todos ellos! Y el que más y el que menos, sabe que si hay silba no cobra. ¡Conque figuraos la ovación! Es lo que me decía Bernabé: ¡que grite uno junto al del carbon... y ya verá usted leña!
- FABIO — Hay que reirse. (Suena el timbre del portón.)
- LAURA ¡Cielos! ¿Llaman? (Se levanta.)
- FABIO — ¿Quién será ahora? (Se levanta también.)
- MEL. Bernabé no puede ser todavía...
- FABIO — Será don Telesforo, el de aquí junto.
- LAURA No; ese siempre que llama da tres golpes de timbre. Deben de ser Frasquita y su hijo, que prometieron venir á acompañarnos.
- MEL. ¡Es verdad!
- LAURA Voy á abrirles... (Vase por el foro.)
- FABIO — Y yo me largo por no ver al tal autorzuelo. ¡Me saca de tino ese mequetrefe! (Vase por la primera puerta de la izquierda.)
- MEL. Y á mí la mamá... a pesar de mis cincuenta Eneros.

ESCENA II

DON MELQUIADES, LAURA, FRASQUITA y PEPE

- FRAS. (Por el foro, con Laura y Pepe.) ¡Don Melquiades!
- MEL. ¡Frasquita!... Hoia, Pepe.
- PEPE ¿Cómo va ese valor?
- MEL. Medianejo.
- PEPE ¿Y usted, Laura? (Habla bajo con ella.)
- FRAS. Lo prometido es deuda, señó músico. Aquí nos tiene usted á acompañarlo, mientras pasa

la mala hora... Sí; porque yo, como tengo un autor en casa, sé lo que se padese... sé lo que se sufre... ¿Está usted muy nervioso? A ver el pulso... (Pulsándolo.) ¡Jesús, hijo mío, si esto es un tren exprés!

MEL. (Bajo á Frasquita.) ¡Ah! ¡Pues si tocara usted el corazón!

FRAS. (Lo mismo á don Melquiades.) ¡Don Melquiades, no sea usted malo! (¡Este hombre esta *viruta* por mí!)

LAURA Papá, ¿oyes lo que dice Pepito?

MEL. ¿Qué dice?

PEPE ¿Qué he de decir? Que he visto el ensayo general de su obra, y que debe usted estar tranquilo. Ha escrito usted una música preciosa.

FRAS. Pues entonse no tema usted na, don Melquiades... Ay, yo me siento, que no quiero crese...

LAURA Nos sentaremos todos. (Se sientan los tres alrededor del brasero. Don Melquiades, tan pronto se sienta como se levanta y pasea, con inquietud cada vez más visible.)

FRAS. Mi Pepiyo, no es porque sea mi hijo, pero ¡tiene una práctica en esto del teatro!... Ya se ve, como empesó á escribí tan chiquetiyo... ¡Criándolo estaba yo en Algeiras, y me sacó unos versos más salaos!... ¡Así tiene aquel cajón de la mesa! Ayé las contó; aparte de las tres estrenadas, quinse obras *póstumas*.

MEL. ¿Póstumas?

FRAS. Sí; que no las has estrenao todavía.

LAURA ¡Ah! Y ¿se piensa morir sin estrenarlas?

PEPE (Bajo á Laura.) ¿'l'eme usted que yo me muera, Laurita?

LAURA Sí; por el teatro español.

PEPE (¡Cómo finge!)

FRAS. De modo que pa mí la opinión de éste es el Evangelio. ¡Es mucho lo que ha corrió este chiquiyo! ¡Y las cosas que le han pasado!... Verá usted; hase dos temporadas le leyó una piesa grasiosísima á un autó de muchísimas campaniyas... no sé si lo he contaó alguna vé... Pues bueno, al año siguiente, hijo de

- mi alma, se estrenó en el Español una obra de ese cabayero, con el mismo asunto. Solo que en vé de hasé un sainete, como Pepiyo, hiso un drama, pa desorientá..
- PEPE Y la prueba de que era plagio es que el público tomó el drama á risa...
- MEL. (¡Y quién sabe si hubiera llorado con el sainete!)
- FRAS. Por supuesto que eso no es na pa las malas caras, pa los desaires que ha tenío que aguanta esta criatura...
- PEPE A mi madre la ciega el amor *paternal*...
- FRAS. Con desirle á usté que hasta Ruibarbo le ha rechasaó una piesa... ¡Mire usté Ruibarbo!... El cómico más malo que he conosío... ¡To lo hase iguá! Y luego desde la cuarta fila de butacas no se le oye.
- PEPE Eso no, mamá, la sala es muy grande...
- FRAS. ¡Vaya una disculpa! Al apuntadó se le oye desde todo el teatro. (Pepe saca una cartera y escribe. Don Melquiades lo observa)
- MEL. ¡Qué cosas tiene esta Frasquita!
- LAURA A alguien ha de salir el niño tan agudo...
- PEPE (Digo, ¿eh?)
- FRAS. ¡Qué más quisiera yo que tené la gracia que este mico! ¡Ven acá tú, autoraso! (Dándole un achuchón.)
- PEPE Mamá, déjate de arrumacos ahora...
- FRAS. Está escribiendo una piesa pa Lara, que va á sé un alboroto... Tiene una situación... ¿Cómo es, tú? ¡Ah, sí! Un tipo que le habla á otro de su padrastro, del marido de su madre, ¿sabe usté? y el otro cree que se refiere á un padrastro que tiene en un dedo... Ay, pero tan bien, tan bien traído to, que es tirarse de risa...
- MEL. La equivocación no puede ser más nueva.
- FRAS. ¿Que si es? Como que este chiquiyo es inagotable.
- LAURA (¡Jesús, qué cotorra de señora!)
- FRAS. Da miedo pensá las obras que tiene en esa cabeza... Anda, Pepiyo, diles á estos señores lo que preparas pa este año.
- PEPE ¡Psch! Poca cosa... Apenas tengo tiempo...

Solo que mi madre... Lo primero será un sainete para el Español; luego, otro sainete para la Comedia; después cuatro zarzuelas en un acto: dos de retruécanos y dos finas; un par de comedias en dos actos, para Lara; otra en un acto, para Lara también; una cosilla sin importancia para Romea... Y si me queda tiempo puede que le escriba un monólogo á la Guerrero... Y otro á Rosario Pino. (¡Ay, ojalá no le quede tiempo!)

LAURA
FRAS.

Lo malo es que ha reñido con el colaboradó y anda por ahí desalao buscando uno...

MEL.
FRAS.

Sí, ¿eh?

Como que el otro se tragaba los chistes buenos que se le ocurrían pa ponerlos en obras suyas solamente.

LAURA
MEL.

¡Ah, bribón!

Pues nada, pollo, no hay que desmayar... ¡adelante!

FRAS.

¿Qué ha de desmayá, con ese talentaso?... ¡Lo que gosaría mi pobresito Pedro Arvíncula si viviera! O mi Luis Gonsaga... O mi Félix de Cantalisio... O mi Juan Ante Portam Latinam... Porque los cuatro fueron afionadísimos á las tablas.

MEL.

¡Y usted, más que viuda, es un panteón de maídos enteramente!

FRAS.

Hijo, ¿y qué culpa tengo yo de que se me muriera el primero?

MEL.

Señora, el primero y los otros...

FRAS.

Es que si no se me muere el primero los otros se quedan por puertas. (Pepe vuelve á escribir en su cartera.)

MEL.

También es verdad. Me hace usted reir, y eso que no estoy para bromas... ¡Ese Bernabé que no viene! (Reparando en Pepe.) Pero ¿qué diablos hace ese?

FRAS.

Caye usté, hombre: le digo á usté que es el demonio. Tos los chistes que oye los apunta y luego los mete en las obras.

LAURA

Pues es una hormiguita.

PEPE

¿Se murmura de mis procedimientos?

MEL.

¡De quien se murmura es de ese dichoso Bernabé, que no sé dónde se ha metido!

- PEPE Ah, ¿pero aguardan ustedes á Bernabé con la buena nueva? ¡Pues se han lucido ustedes!
- LAURA ¿Por qué? ¿Dónde hay un muchacho más servicial ni más listo?
- PEPE ¿Ese? ¡Ni sabrá siquiera cuando silban ni cuando aplauden!
- FRAS. ¿Por qué no te yegas tú de un salto, hijo mío?
- MEL. Sí, Pepito; Dios se lo pagará.
- PEPE Ahora mismo. Dentro de nada estoy aquí. (Vase por el foro corriendo.)
- FRAS. Es de masapán esa criatura. Pa labrá la felicidad de una mujé no hay otro.
- LAURA (Buen provecho le haga.)

ESCENA III

LAURA, FRASQUITA y DON MELQUIADES

- MEL. ¡Qué noche, Dios mío! ¡Qué infierno de cabeza! Aplausos por aquí... silbidos por allá... aclamaciones... insultos... el barítono que se equivoca... el apuntador que se duerme... el dúo... el coro... la gloria... ¡qué sé yo! ¡Que pase pronto esta pesadilla!
- LAURA ¡Por Dios, papá, que pareces un loco enjaulado!
- MEL. ¿Y qué quieres que le haga, hija mía, si estoy que boto?
- FRAS. Pero oiga usted, ¿no le ha dicho á usted mi Pepiyo que le gusta la obra?
- MEL. (Razón de más.) En estos momentos no basta nada, Frasquita... ¿usted sabe?... ¡Cualquiera les encuentra las cosquillas a esos ciudadanos que pagan prima á los revendedores! Les temo más que á las viruelas... Es claro: hay prójimo que por una butaca da dos duros, y como no fusilen al autor no está contento. ¡Mire usted qué lógica más graciosa! (Principia á sonar el timbre del portón, y no cesa hasta que se supone que ha abierto Laura.)
- LAURA ¡Dios mío!

MEL. ¡Ese es Bernabé! ¡Corre á abrirle! (Vase Laura por el foro.)
FRAS. Don Melquiades, por los clavos de Cristo, no le vaya á dá á usted un insulto.

ESCENA IV

DICHOS y FABIO; luego BERNABÉ

FABIO — (Por la primera puerta de la izquierda, con ansiedad.)
¿Qué es eso? ¿Hay noticias?
MEL. ¡Sí, sí!
FRAS. ¡Sin duda! (Corren hacia el foro los tres.)
BERN. (Dentro.) ¡Victoria, victoria!
MEL. ¿Victoria, dice?
FRAS. ¡Victoria!
FABIO — ¡Victoria, papá!
FRAS. ¿Lo está usted viendo, hombre de Dios?
BERN. (Por el foro, con Laura.) ¡Don Melquiades, venga un abrazo! (Va abrazándolos á todos.)
MEL. ¡Y veinte!
BERN. ¡Fabio, qué triunfo! ¡Laura! (¡Se lo di!... ¡se lo di!) ¡Doña Frasquita!
FRAS. (Deteniéndolo.) Hijo de mi alma, pare usted... El entusiasmo tiene su límite...
LAURA Vamos, diga usted lo que hay.
BERN. ¡Noche completa, noche de ventura!
MEL. ¡Lo que yo presumía! ¡Laura! (Abrazándola.)
¡Frasquita! (Yendo á abrazar á ésta.)
FRAS. (Impidiéndolo.) ¡Ay! ¿usted también? ¡Vaya unos repentines!
LAURA ¡Hermano! (Abrazando á Fabio.)
FABIO — (Abrazando á don Melquiades.) ¡Papá! (Yendo á abrazar á Frasquita.) ¡Señora!...
FRAS. (Alejándose.) ¿Otra te pego? ¡La han tomado conmigo esta noche!
BERN. ¿Y para mí no hay nada?
LAURA ¿Para usted? ¡Usted se lo merece todo!
BERN. (¡Oh, qué frase!)
MEL. ¡Todo! (Los tres rodean á Bernabé y lo abrazan á un tiempo.)
FRAS. Pues señó, se hace polvo esta gente.

- BERN. ¡Basta ya! ¡Que me ahogan ustedes, que me ahogan!
- FRAS. Vamos, dejarlo que hable.
- MEL. Sí, hombre; cuente usted, cuente usted...
- FABIO Detalla...
- BERN. (suspirando.) ¡Ay, Dios mío! . . Verán ustedes... El público, como suele decirse, entró en el libro en la primera escena...
- MEL. ¿Entró, eh?
- BERN. Sí, señor; pero se salió en la segunda.
- LAURA ¡Qué lástima!
- BERN. Nada de lástima: la frialdad duró poco. Apenas vino el número del *Verano*, se rompió el hielo. ¡Qué ovación, Dios de las alturas!
- MEL. ¿No lo dije? Si es mucha frase aquella... Tirorí... tari tariaro... tiraró... (Todos rebotan satisfacción y júbilo.)
- BERN. ¡Yo estaba como quien se saca una muela sin dolor! ¡Lloraba de alegría!
- LAURA ¿Lloraba usted?
- FRAS. ¡Qué bueno parece este muchacho!
- MEL. (Conmoviéndose.) ¡Más bueno que el pan!
- BERN. No es que sea bueno, es que en ustedes hallo el único calor... la única familia... (Conmoviéndose también.)
- FRAS. (Lo mismo.) Es claro...
- LAURA (Lo mismo.) Es natural...
- FRAS. ¿Ahora les toca el turno á los pucheros? ¿Van ustés á soltá el trapo como niños de teta?
- BERN. Tiene usted razón. ¡Ya digo, yo lloraba de alegría! El jefe de la *claque*, aplaudiendo, me cogió una vez la cara entre las manos.
- FRAS. ¡Pues hay motivos para echarse á llorar!
- BERN. Llegó el segundo número... y el delirio; llegó el tercero... y ¡el acabóse! El público loco, borracho, de pie en las butacas, aplaudía como una sola persona. Por todas partes no se oía más que esto:—«¡Qué tío! ¡Qué música ha hecho! ¡Qué animal! ¡Qué bruto! ¡Qué bárbaro!»—Así, así por todas partes. Y se llamó al autor á grito herido, y se adelantó Ruibarbo á la batería y dijo que el autor era

el maestro Albaricoque, pero que no se hablaba en el teatro. Y entonces todo el mundo, hombres y señoras y niños, inspirados por el propio entusiasmo, gritaron á una voz: «¡Que lo traigan!» Y yo, sin poder contenerme, exclamé:—«¡Voy!»—Y aquí me tiene usted decidido á llevármelo. Es necesario que esté usted allí al final de la obra. No hay más remedio.

MEL. ¡Por vida de...! ¡Miserables ochavos, que todo lo ensucian! Usted, Frasquita, conoce nuestra situación y no se extrañará de nada..

FRAS. Cáyese usted, inosente.

MEL. ¿Cómo quiere usted, Bernabé, que me presente yo en escena con esta facha?

LAURA No es posible; lo silbarían.

FABIO — ¡Si por eso no ha ido al teatro!

FRAS. ¡Mire usted qué demonio! Pa haberlo sabido... Anteayé me deshise yo de un terno flamante de mi Juan Ante Portam Latinam.

BERN. Señor, yo recuerdo que usted tiene un chaqué de vicuña...

MEL. Sí; pero no está en casa...

FABIO — Imagínate el paradero.

BERN. Hombre, lo extraño, porque los chaqués no los toman.

FRAS. ¿Y lo han perdido ustedes?

LAURA No, señora; la papeleta existe.

BERN. ¿Pues qué hace usted, Laurita, que no la trae?

FABIO — ¡Si no hay un céntimo en la casa!

FRAS. (Registrándose el bolsillo.) ¿Le paese á usted?... ¡Y á mí se me ha olvidao el portamonedas!...

BERN. ¡Pero yo tengo algún dinero! ¡Venga la papeleta en el acto!

MEL. (A Fabio.) Llégate por ella al archivo.

FABIO — ¡Tú eres mi padre, Bernabé! (Dándole un abrazo.)

MEL. ¡No, hijo, tu padre soy yo! (Vase Fabio por la segunda puerta de la izquierda y sale cuando indica el diálogo.)

LAURA ¡A este Bernabé no se le paga con oro molido!

BERN. ¿A mí, Laurita? (¡Luego le diré yo con qué puede pagarme!)

- MEL. (Impaciente) ¿Nos dará tiempo?
BERN. Sí.
LAURA ¿Qué hora será ya?
BERN. (Mirando el reloj.) ¡Qué sé yo! ¡Ese reloj adelanta tres ó cuatro días!
FABIO — ¡La papeleta!
BERN. Venga acá. A ver... (Examinándola.) Catorce reales... En Agosto... Agosto uno... Setiembre dos... Octubre tres... Me sobran dos pesetas... Conque arréglese usted volando, don Melquiades, que el chaqué está aquí antes de dos minutos. ¡Abur! (Vase por el foro corriendo.)
FRAS. Y yo, mientras viene, voy en un dos por tres á casa de doña Gertrudis... á darle la notisia del *exitaso*.
LAURA Es verdad, que encargó la pobre señora...
MEL. Pero que suba Fabio...
FRAS. No, no; que Fabio puede hasé falta aquí. Si yo bajo en seguida... Hasta luego, hasta luego... Y que sea enhorabuena, ¿eh?... (Ahora sí que me conviene á mí este hombre... ¡Dios santo, qué trimestres!) (Vase por el foro.)
MEL. ¡Adiós!
LAURA Adiós.
MEL. Oye, niña, ¿tengo un cuello limpio?
LAURA Me parece que sí.
MEL. Pues anda por él. ¿Y corbata?
FABIO — Ponte la mía de las reuniones.
MEL. Traémela, niña.
LAURA Al momento, papá. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA V

DON MELQUIADES y FABIO; después DON TELESFORO

(Don Melquiades, durante esta escena, manifiesta creciente impaciencia y desasosiego.)

- FABIO — ¡Pues señor, estoy que no quepo en el pellejo!
MEL. ¡Y yo que no sé lo que me pasa! ¡Fabio, hijo mío, se realiza el sueño de toda mi

vida!... ¡Ya era hora! Dentro de diez minutos, en el proscenio, recibiré los aplausos de la multitud entusiasmada y frenética... que... que... Oye, ¿y cómo te parece que salude? Algo por este estilo, ¿no? (Ensayan los dos los saludos al público, según indica el diálogo.)

FABIO — Papá, eso se hace cuando lo presentan á uno á una señorita... Al público se le debe más... Una cosa así...

MEL. Hombre, por Dios, te doblas demasiado. Mejor es esto...

FABIO — O esto...

MFL. Esto, esto... (Uno y otro siguen haciendo unos instantes reverencias. Sale don Telesforo por el foro, cree que los saludos van con él, y contesta en la misma forma.)

TEL. Señores... ¡Canario, qué finos están!... No, pues por mí no queda.) Señores... ¡Pero, señores!...

MEL. ¡Don Telesforo!

FABIO — ¡Mi querido don Telesforo!

MEL. ¿Cómo es que no ha dado usted sus tres golpes de timbre?

TEL. Porque no he tenido que llamar... Salía doña Fraquita cuando yo entraba...

MEL. ¿Y no le ha contado á usted lo que hay?

TEL. Algo me ha dicho del estreno... ¿Qué sucede?

MEL. ¡Que he tenido un éxito fenomenal!

FABIO — ¡Que lo está teniendo á estas horas, mejor dicho!

MEL. ¡De esos de quinientas representaciones y cinco beneficios y letras coloradas! No, y lo que es mañana me sacan á mí tiras.

TEL. Lo creo. Hay tantos envidiosos...

MEL. Digo tiras por las paredes: «¡Éxito inverosímil!» «¡Los cuatro elementos!» «¡Todas las noches!»

TEL. Pues, don Melquiades... Fabio... (Cogiéndole una mano á cada uno y sacudiéndolos fuertemente.) Ya saben ustedes que yo me alegro muy de veras... ¡pero muy de veras!

FABIO — ¡Ay!

TEL. Porque soy amigo de ustedes de verdad... ¡pero de verdad!

- MEL. (¡Ay!) Gracias, gracias... (Con tres enhorabuenas así me malogro.)
- FABIO — (¡Esto no es dar la mano! ¡Esto es querer llevarse la de uno!)
- TEL. ¿Y dice usted que aún dura la representación de la obra?
- FABIO — Sí, señor.
- TEL. Pues allá me voy ahora mismo... á contribuir con mis aplausos...
- FABIO — ¡Don Telesforo, usted es mi padre! (Abrazándolo.)
- MEL. ¡No, hijo! (¡Qué manía!)
- TEL. Conque hasta luego. (Va á irse y vuelve.) ¡Ah! Me olvidaba de prevenirles. . que es á lo que he venido precisamente...
- MEL. Diga usted.
- TEL. Mañana tempranito salgo de caza... La llave de mi cuarto se la dejaré al portero. Recójánla ustedes y...
- MEL. Vaya usted tranquilo.
- FABIO — Cuidaremos sus pájaros como de costumbre.
- TEL. Se trata de una expedición de ocho ó diez días. La caza es mi chifladura, ya lo sabe usted.
- MEL. (:Adiós mi dinero!) Pero, ¿y Laurita?... (Llamando.) ¡Laurita!
- TEL. ¿Usted no me ha visto á mí tirar nunca?
- MEL. (Deseando que se vaya.) ¡Muchísimo!
- TEL. A mí me pone usted un duro á cincuenta pasos, tiro... y lo hago dos.
- MEL. ¿Hombre, sí? Pues va usted á disparar contra lo primero que cobre.
- TEL. ¡Je, je! Oiga usted: una vez en el Pardo..
- MEL. Que se le hace á usted tarde, don Telesforo.
- TEL. Tiene usted razón. Y es que cuando pego la hebra... Hasta la vista, ¿eh? Conste que yo me alegro de verdad... (Tendiéndoles las manos. Don Melquiades y Fabio van á darle las suyas, pero recordando de pronto las sacudidas anteriores, se las llevan á la espalda los dos á un tiempo.)
- MEL. Gracias, gracias.
- FABIO — Un millón de gracias.
- MEL. Acompaña á don Telesforo, Fabio.

TEL. No se moleste; adiós.
FABIO — No es molestia ninguna... (Vase con don Telesforo por el foro.)

ESCENA VI

DON MELQUIADES, LAURA y FABIO; luego BERNABÉ

(En esta escena debe hacerse todo aprisa y corriendo.)

LAURA (Por la primera puerta de la izquierda, con las prendas que nombra.) Toma la corbata y el cuello, papá. (Se los da á don Melquiades.) La corbata está peor de lo que yo creía.

MEL. Buena está. Con la luz no se ve.

LAURA Como no se ve es sin la luz. El sombrero y y la capa vieja. (Los coloca sobre una silla.)

MEL. ¡La que hay!

LAURA ¡Flojo cepillado le hace falta!

MEL. Bueno: ponme el cuello primero, que yo no atino con el ojal.

LAURA (Obedeciendo á don Melquiades.) Baja un poquito la cabeza.

MEL. ¡Ay, qué manos más frías!

LAURA Así, así...

MEL. (A Fabio, que sale por el foro.) Cepilla tú la capa, Fabio.

FABIO — Voy ahora mismo. (Coge la capa y la cepilla.)

LAURA La corbata.

MEL. Hazme un nudo bonito, ¿eh?

LAURA Precioso, ya verás. ¡Mira qué monada!

BERN. (Por el foro, jadeante, con el chaqué de don Melquiades envuelto en un periódico.) ¡El chaqué! ¡Aquí está ya el chaqué!

FABIO — ¡Caramba! ¿Por dónde has entrado?

BERN. — ¡'or la puerta, mira este!... Me llevé la llave. (Respirando con fatiga.) ¡Ay, qué carrera en pelo!

LAURA A ver cómo viene. (Coge el lío y lo deshace.)

FABIO — Yo me voy contigo, papá. Ya no le temo á nada. ¡Qué triunfo!

LAURA ¡Quítate la americana, maestrazo! (Don Melquiades obedece y Laura le ayuda á ponerse el chaqué.)

- BERN. Pronto, que es tarde.
LAURA ¿Vas á meter la mano por un bolsillo?
MEL. Hija, si no veo. Vísteme despacio, que estoy de prisa. ¿Qué tal queda?
LAURA ¡Virgen María, qué diluvio de manchas!
BERN. Las manchas no se ven desde lejos. Vámonos...
MEL. Vámonos.
LAURA Aguarda un instante. Aquí en el aparador hay bencina. (Coge el frasco de bencina del aparador. Todos frotan el chaqué con sus pañuelos, y el frasco va pasando de mano en mano. Don Melquiades deja hacer.)
MEL. ¿A que no vamos á llegar, Bernabé?
FABIO — Dame, Laurita. Esta del codo se nota mucho.
LAURA Y esta de la espalda. Trae.
BERN. La peor de todas es esta del pecho. Deme usted.
LAURA ¡Uf! Esto huele á demonios.
MEL. (¡Qué detalle para mi biografía!)
FABIO — El faldón izquierdo está indecente...
LAURA Y el derecho no le va en zaga.
MEL. ¡Ea, basta ya de fricciones! ¡Al teatro!
FABIO — La capa, papá. Embózate bien.
LAURA El sombrero.
MEL. ¡Conque, hijos míos, ya se van á acabar las penas!
LAURA ¡Adiós, papaíto!
MEL. ¡Vámonos, hombre! ¡Adiós, hijita!
FABIO — ¡Al teatro!
BERN. ¡Al teatro! (En cuanto pueda los dejo y vuelvo yo.) (Se van los tres por el foro)
LAURA (Desde la puerta) ¡Cuenta las veces que sales á escena, papá!

ESCENA VII

LAURA

¡Pobre papá! ¡Va loco de alegría! ¡Ahí es nada! Salir en un momento de esta vida prosaica y triste... después de tantos años de

afanes y de lucha por conseguirlo... después de no haber sufrido más que desaires y malas palabras de cómicos y empresarios... Digo, ¿eh? Aquel que le dijo á papá que era un pepino, ¿cómo estará ahora? Se tirará de los pelos. ¡Que rabie! Toma, toma pepinos. Del mal de nadie me alegro yo, pero lo que es del de ese caballero... ¿Habrá antipático? ¡Mire usted que llamarle pepino á mi papá, que va á cobrar ahora cinco duros por noche!... ¡Poquito que voy yo á lucir con ese dineral que se nos entra por las puertas!... Lo primero que me compro es un traje... Dos, dos trajes... Tres trajes, porque con dos no hay combinaciones. Y el de casa, cuatro.. Sí, entre todos, cuatro ó cinco trajes... Bueno, media docenita de trajes... Luego un par de zapatos de charol... ¡Hacen el pie tan mono! Y yo que no lo tengo feillo... (Recreándose en él.) Es claro que con estos de becerro no luce. ¡Uf! al becerro mate le tengo mala voluntad... En seguida un sombrero... un sombrero de esos grandes, de terciopelo negro... con plumas también negras... ¡Ay! ¡cuánto he suspirado yo por un sombrero de esos!... ¡A mí, que soy morenita clara, me deben de sentar tan bien!... Después, uno blanco, de paja, para el verano... ¡Qué bien me ha de caer á mí lo blanco!... ¡Como soy morenita clara!... Y guantes... y abrigo de terciopelo... y manguito... y flores... y... ¡Que voy á dar la hora!.. De teatros, no hay que hablar... Todas las noches un palquito. Papá no tendrá más que ir á contaduría y mandar en jefe:—«Venga un palco.»—«Ahí va.»—Y yo, por la noche, allí, dándome tono... Y los acomodadores dirán: «Aquella tan guapa es la hija del autor.» Y puede que lo digan otros que no sean acomodadores... ¡Desde luego! Pues si me va á salir cada conquista... ¡Oh!... ¡Mi verdadero ideal es un título!.. No hay como un título... ¡Ay, Señor, que se me declare un título! (Pausa. Medita.)

ESCENA VIII

LAURA y BERNABÉ

- BERN. (Por el foro. Detiénese un momento contemplando á Laura.) ¡Allí está! ¡Qué linda criatura! ¡Dios mío, como me tenga en poco porque no soy señorito de carrera, me muero de repente! (Se va acercando á Laura.)
- LAURA (Fantaseando.) ¡Oh! ¿Qué tal, señor Conde? Dichosos los ojos... Siéntese, siéntese á mi lado...
- BERN. (¿Habla sola?) Laurita...
- LAURA (Distraída.) Señor Conde...
- BERN. ¿Eh?
- LAURA (Reparando asustada en Bernabé.) ¡Ah!
- BERN. ¿Le sorprende á usted mi presencia?
- LAURA ¡Es claro! ¿Y papá?
- BERN. En el camino lo he dejado... Yo he venido solo, porque... porque... (¡Animo, Bernabé!) Bueno, por si necesitaba usted mis servicios... Ya sabe usted que siempre estoy á su disposición.
- LAURA Ya lo sé... Mil gracias. (Pausa. Bernabé trata de decir algo, y no sabe qué.)
- BERN. ¿De modo que no le hace á usted falta ninguna cosa?
- LAURA (Riéndose.) ¡Ay, me hacen falta muchas!
- BERN. ¡Je, je! Ya sabe usted que yo me refiero á las menudencias... ¿Hay chocolate para mañana?
- LAURA Sí. ¿No recuerda usted que traje el domingo una libra?
- BERN. Lo había olvidado ya... Yo soy así... Y le decía á usted eso, porque he descubierto una ganga.
- LAURA ¿Una ganga?
- BERN. Así como suena. En la calle de Fuencarral, precisamente al lado de la relojería en que yo trabajo, hay una tienda de comestibles donde se compra una librita de peseta, y le regalan á uno un despertador.

- LAURA Bien, bien... Usted siempre tan hormiguita... ¿Y es bueno el chocolate?
- BERN. Por el estilo del despertador. ¿Quiere usted que le traiga media librita para probarlo?
- LAURA No, no; no se moleste.
- BERN. ¿Molestia? ¿Molestia, tratándose de usted? Usted debe saber que nunca me molestan sus peticiones... Digo, creo que jamás he puesto una mala cara... Todo lo contrario: con el alma y la vida... Cuántas veces me ha dicho usted:—«Bernabé, ayúdeme á estirar estas sábanas...»—Con mil amores.—«Bernabé, necesito sal y pimienta.»—Y allá va Bernabé por sal y por pimienta, aunque no muy convencido de que usted necesite pimienta, ni mucho menos sal... (¡Esto me ha salido redondo!)
- LAURA No, si yo reconozco su amabilidad... y crea usted que mi gratitud será eterna... (¿A qué vendrá ahora...?)
- BERN. ¿Nada más que su gratitud?
- LAURA Y con ella... mi afecto...
- BERN. ¿Nada más que su afecto?
- LAURA Pero, ¿usted qué quiere, hijo mío?
- BERN. ¿Nada más que hijo suyo?
- LAURA ¿Cómo?
- BERN. (¡Qué disparate!) Dispéñeme usted, Laurita... he dicho una sandez... Su presencia de usted... así á solas... me turba... me...
- LAURA ¿Quiere usted que llamemos á alguien?
- BERN. Todo lo contrario: si precisamente deseo aprovechar esta soledad... para decirle... para decirle algo que ya no cabe dentro de mí, y que yo pensé que usted habría adivinado en mi solicitud constante, en mi diligencia sin ejemplo...
- LAURA ¿A dónde va usted?
- BERN. A donde usted disponga, como siempre: á la felicidad... ó al abismo: por una estrella del cielo... ó por una libra de chocolate...
- LAURA ¿Qué novedad es esta, Bernabé? (¡Santo Dios, vaya un título el que me sale!)
- BERN. Novedad ninguna... Esto ya es antiguo en mi corazón. (Le suelto el símbolo.) Voy á preguntarle á usted una cosa.

- LAURA Usted dirá.
BERN. Si yo fuese el minuterero de un reloj, ¿tendría usted inconveniente en ser la manilla?
- LAURA ¡Jesús! Y ¿para qué?
BERN. Para vivir los dos en la misma esfera... y no andar el uno sin el otro.
- LAURA ¡Ja, ja, ja! ¡Qué simil de relojería!
BERN. Por Dios, Laurita, no eche usted á bromami pretensión honrada: yo no puedo ofrecerle á usted grandes riquezas, eso no... pero sí le ofrezco un corazón con tapa de oro, garantizado por toda la vida...
- LAURA Como los relojes, ¿eh?
BERN. Falta un detalle: en la tapa, grabado á fuego, hay un enlace de dos letras: L y B. La B... soy yo... y la L... ¿necesitaré decir quién es la L?
- LAURA Yo.
BERN. Es claro.
- LAURA Pues es turbio.
BERN. ¿Sí?
LAURA Sí, señor.
BERN. Pero ¿así... sin atenuantes?..
LAURA Sin atenuantes... (¡Pobrecillo, qué cara pone!) Pruébeme usted que eso de la tapa y de las iniciales es verdad... y entonces hablaremos.
- BERN. Pero, ¿usted lo duda?
LAURA Es natural.
BERN. ¡Y yo que creía tener ya suficientemente demostrado mi cariño!... ¡Qué decepción tan grande!... Pero, en fin, usted me ha prometido que si pruebo eso de la tapa, hablaremos, ¿no?
- LAURA Prometido está: hablaremos.. como estamos hablando ahora.
- BERN. Bueno, sólo que usted dirá otras cosas...
LAURA Vaya usted á saber lo que yo diré. .
BERN. Dependerá de lo que yo haga...
LAURA Cabalito.
BERN. (Entusiasmado.) ¡Entonces!... ¡Ah! ¡entonces!... ¡yo le aseguro á usted que entonces! .. (Oyese lejano rumor de aplausos y vítores que se van acercando poco á poco.)

LAURA (Prestando oído.) ¿A ver? ¿Qué rumor es ese que suena?
BERN. Es verdad...
LAURA Parecen aplausos. (Corre al balcón, lo abre y se asoma. Suena el timbre de dentro.) ¿Llaman?... ¿Quién podrá ser ahora? Vaya usted á abrir, Bernabé.
BERN. En seguida. (Vase por el foro.)
LAURA ¡Dios mío! ¡Una masa de gente viene hacia acá... gritando y aplaudiendo!... ¡Oh, si es á papá! . ¡Qué alegría tan grande!

ESCENA IX

DICHOS y FRASQUITA

FRAS. (Con Bernabé, por el foro.) ¿Qué pasa?
LAURA ¡Frasquita! ¿Que traen ahí á papá entre la mar de gente!
FRAS. ¿Preso?
LAURA ¿Cómo preso? ¡En triunfo!
BERN. (Asomándose al balcón.) ¡Es verdad! Oiga usted.
LAURA Venga usted al balcón... Ya están aquí debajo...
FRAS. Digo, ¿eh? Si cuando á mi Pepiyo le gusta una obra...
LAURA ¡Ya entra papá! ¡ya entra papá! ¡Vamos á recibirlo!
FRAS. ¡Vamos! (Corren hacia el foro las dos.)
BERN. ¡Viva el maestro Albaricoque!
LAURA }
FRAS. } ¡Viva! (Se van por el foro.)

ESCENA X

BERNABÉ; luego LAURA, FRASQUITA, DON MELQUIADES y FABIO; después PEPE y DON TELESFORO

BERN. ¡Oh! ¡su corazón tiene un eco en el mío!... ¡Ella alegre, yo alegre! ¡ella triste, yo triste! ¡Hay un hilo de corazón á corazón! (Cyense voces dentro, hacia el foro.) ¡Ya vienen ahí, ya vienen ahí!...

- MEL. (Por el foro, abrazado á sus hijos.) ¡Sostenedme... sí, que vengo muerto!... (Avanza hacia el proscenio y se deja caer en una silla.)
- LAURA ¡Papaíto!
- FABIO — ¡Qué noche, Laura!
- BERN. (Abrazándolo.) ¡Don Melquiades! ¡querido don Melquiades! ¡Venga un abrazo! (¡Diablo, cómo huele á bencina todavía!) (Nueva salva de aplausos en la calle.)
- FRAS. ¡Está la gente dislocá de entusiasmo!
- PEPE (Dentro.) ¡Maestro de mi alma!
- BERN. (Ya está aquí Bretón de los Herreros.)
- PEPE (Por el foro.) ¡Un abrazo!
- MEL. (Dejándose abrazar por Pepe) ¡Gracias, gracias!
- PEPE (Apartándose repentinamente de él) (¿A qué demonios huele este hombre?) (A Laura.) ¡Laurita, qué éxito!
- TEL. (Por el foro, á toda prisa.) ¡Vecino! ¡vecino! ¡Venga usted acá, vecino! (Abraza á don Melquiades á medias y se aparta de él bruscamente) (¡Canario, qué mal huele el vecino!) (Rumor creciente dentro, que acaba en un aplauso nutrido.)
- FRAS. Don Melquiades, por Dios, salga usted á saludá...
- FABIO / Sí, sí, sal en seguida...
- LAURA Anda, papá, anda...
- VOZ (Dentro.) ¡Que se asome al balcón!
- FABIO / (¡Esa es la voz del zapatero!)
- VOCES (Dentro.) ¡Que hable! ¡que hable!
- FRAS. ¡Que pidan que hable usted!
- FABIO / Habla, papá.
- MEL. No, no... me es imposible... Cualquiera de ustedes asómese y diga cuatro *fresas*... cuatro frases en mi lugar... Que estoy rendido... que la emoción me embarga...
- BERN. (¡Hasta la emoción embarga á este hombre!)
- LAURA ¡Ande usted, Bernabé!
- BERN. ¿Yo? ¿Hablar yo?
- LAURA Sí; yo se lo suplico...
- BERN. (¡Oh, qué sonrisa! ¡Me ama, no me cabe duda!) (sale al balcón. Aplausos dentro.) «¡Señores!» (Siseos dentro imponiendo silencio.) «¡Señores!» (Estornudando.) ¡Ah... chís! (Nuevo aplauso.)
- LAURA ¡Válgate Dios!

- BERN. ¡Ah... chís! ¡Ah... chís!
- FRAS. Está la noche tan fría... Tápese usted la boca.
- BERN. ¿Entonces cómo voy á hablar?... «¡Señores!... El gran maestro agradece en el alma... en el alma... en el alma...»
- FRAS. Es oradó de repetición. Como es relojero...
- BERN. «Estas manifestaciones de entusiasmo y de...» ¡hip...! (¡Ahora me ha entrado hipo!) «y de cariño...» ¡hip! «y de...» ¡hip! (¡Maldita sea mi suerte!)
- LAURA ¿Pero tiene hipo?
- BERN. ¡Hip!... «Por eso, señores... yo... en nombre suyo... doy las gracias á todos ustedes...» ¡hip!... «á todos ustedes...» ¡hip!.. «á todos ustedes...» ¡hip! (Desesperado.) «¡Vaya, he dicho!» ¡Ea! (Retírase del balcón y suena dentro un nuevo aplauso, que dura unos instantes.)
- MEL. ¡Eso es para usted, Bernabé!
- BERN. ¡Qué ha de ser para mí! ¡Para usted todo!
- FRAS. ¡Para usted, *musicaso!*...
- LAURA ¡Para tí!...
- FABIO ¡Para tí!...
- MEL. (Abrazando á sus hijos.) ¡Pues si es para mí... es también para ustedes! ¡Noche de gloria!
- FABIO (Abrazando á don Melquiades entusiasmado.) ¡Papá, tú eres mi padre!
- MEL. ¡Ya lo sé, hijo mío!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

LAURA y DON MELQUIADES; luego FABIO; después DIEGO

(Los dos primeros en la puerta del foro despidiendo visitas.)

- MEL. Gracias, mil gracias.
- LAURA Hasta mañana, ¿eh? Muchas gracias...
- MEL. ¡Gracias, amado pueblo!
- LAURA Adiós... Gracias.
- MEL. Gracias... (Bajando con Laura al proscenio.) ¡Creí que no acababan de irse!
- LAURA Ha sido una verdadera manifestación.
- FABIO (Por el foro.) ¡Diablo! ¡qué día!.. Yo estoy rendido... No me han dejado ni afeitarme.
- LAURA Lo que yo no sabía era que tuviésemos tantos amigos.
- MEL. Efectos de la prensa de la mañana. ¿Tú no ves que me ponen en la luna?
- LAURA Oye, papá, y ¿quién es aquel gordo que entró tuteándonos á todos?
- MEL. Un amigo de Fabio.
- FABIO ¿Mío? ¡Si yo no lo he visto en mi vida!
- MEL. Ah, ¿no? Pues yo menos. Lo único que sé es que por poco me estrangula de un abrazo.
- LAURA ¿Y eso de que ninguno deje de preguntar lo que cobras?

- DIEGO (Por el foro, con tres periódicos.) ¡Más prensa, más prensa!
- MEL. ¿De la noche? ¡Este portero vale un Perú!
- DIEGO No, señorito; los de la noche no han salido entoaavía. Estos son tres de la mañana: de los de poca circulación. (Cada cual coge uno y lee con interés cerca de la luz.)
- MEL. A ver, á ver... ¿Dónde estoy?...
- FABIO (leyendo.) «De teatros...»
- LAURA (Lo mismo.) «El éxito de anoche...»
- DIEGO (Señalando en el periódico que tiene don Melquiades.) Aquí, aquí... «Los estrenos.»
- MEL. Vamos á ver... (Pausa.)
- LAURA ¡Ay, éste, papá, qué de flores te echa!...
- FABIO ¡Caramba! ¿y éste?... Ven acá, Laura, ven...
- MEL. ¡Hombre! ¡el que me pone como un trapo es este papelucho!
- LAURA ¿Cuál?
- MEL. ¡Este papelucho!
- FABIO ¿Habrá envidioso? Dame acá... (Le arrebató el periódico á su padre, y lee.) «Lo primero que ha debido hacerse con el maestro Albaricoque, es mandarlo á la cárcel.»
- LAURA ¿Le parece á usted?
- FABIO «Después, cambiarle el apellido.» ¡Vamos, esto no se puede sufrir!
- DIEGO Eso ya es meterse en la vida privada. ¡Déjelo usted á mi cargo!... ¿El no es uno bizco, to pelao?...
- MEL. ¡Si yo no lo conozco!
- DIEGO El es, él es; bizco, to pelao... Estaba junto á mí en la galería.
- FABIO ¿Cómo ha de ser ese?
- DIEGO ¡Vaya! ¡Y que no tengo yo pupila!... Bizco él... to pelao... con lentes... Si allí mismo empezó también á despotricar... Que si aquello era estúpido... que si iba al foso... que si...
- MEL. Todo eso está bien; pero ese pelao, como usted dice, no es el del periódico...
- DIEGO ¿Conque no, eh? ¡Yo le ajustaré las cuentas cuando lo vea!
- FABIO ¡Dale bola! Aquí lo que se impone es un comunicado al director...

- MEL. ¡Eso es!
- LAURA ¡O un anónimo!
- FABIO — No, no; dejadme á mí... En tono enérgico, aunque comedido, le diré lo que viene al caso.
- MEL. Muy comedido, ¿eh?
- FABIO — Ya tengo mi idea. (Yéndose por la primera puerta de la izquierda, murmurando.) «Señor Director: entre los muchos majaderos que escriben en el periódico que usted tan dignamente dirige...»
- DIEGO Pues ya le digo á usted, señorita... Al mozo se le iban los pies que era un gusto... Y to era resbalar el bastón... y toser fuerte... y menearse mucho en el asiento... Conque fui una vez y le dije, digo...
- LAURA Si ya me lo ha contado usted esta mañana... (¡Jesús qué pesadez de hombre!) (Vase por la derecha. Diego se queda como cortado unos instantes.)

ESCENA II

DON MELQUIADES y DIEGO

- DIEGO Bueno, señorito; si usted no tiene na que mandarme, me voy pa abajo.
- MEL. Nada; muchas gracias.
- DIEGO Sí; porque esta no es ocasión tampoco de... Usted esta preocupao...
- MEL. ¿Ocasión de qué?
- DIEGO Na; la Manolita... mi chica... Ya sabe usted que le tira la escena...
- MEL. Sí, ya sé... ya.
- DIEGO Pues me dijo, dice: padre, á ver si el señor me hace un sitio en el coro...
- MEL. ¡Je!...
- DIEGO Usted se habrá fijao bien en ella... No es porque yo sea su padre, pero con seguridá que es la reina e las coristas. Miste que tiene unos ojos que hay que verlos... Y un corte e cara... que hay que verlo también... Y unas formas... que...
- MEL. Sí, que también hay que verlas...

- DIEGO ¡Je, je! ¡el señorito! Quiero decir que está muy bien de facultades...
- MEL. Bueno, sí; yo hablaré con la empresa...
- DIEGO Estimando, señor.
- MEL. Adiós. No hay de qué.
- DIEGO (Después de una pausa, en que hace que va á irse y no se va.) Pa mí que lo de Periquillo ya es más fácil.
- MEL. ¿Qué es lo de Periquillo?
- DIEGO Mi chico. Ya ve usted, está hecho un moce-tón y me ha salio un vago...
- MEL. ¡Ah!
- DIEGO Y como él tiene, así, buenos modales, por-que otra cosa no, pero educación su madre se la ha dao... se me ocurre que pué meter la cabeza en las butacas...
- MEL. Hombre, no lo van á dejar...
- DIEGO ¡Je, je! Demasiao me entiende el señorito ..
- MEL. ¿De acomodador, es verdad? Corriente, ya veremos.
- DIEGO Pues tantas gracias... (Vase por el foro.)
- MEL. Adiós, hombre...
- DIEGO (Asomándose á la puerta.) El jefe de la *clá*... ¿no es uno alto con toa la barba?
- MEL. (Amostazado.) ¡No, señor!
- DIEGO (Acercandose á don Melquiades.) ¿Pero usted tendrá metimiento con él?...
- MEL. ¡Tampoco!
- DIEGO Porque como aquí cerramos á las diez de la noche... resulta que me aburro.
- MEL. ¿Y qué quiere usted que yo le haga?
- DIEGO No; na... Si no que si buenamente pudiera ser... me parece que yo tengo buenas manos pa el oficio...
- MEL. ¡Admirables! ¡Se le dará á usted un puesto!
- ¡Adiós!...
- DIEGO Con Dios, y gracias... Y usted dispense, seño-rito... (Vase.)

ESCENA III

DON MELQUIADES y FRASQUITA

- MEL. ¡Qué mosca! Lo menos que se ha creído ese es que la obra es suya... O que el teatro es mío... Bueno, ¿qué iba yo á hacer?... No sé donde tengo la cabeza... Estaba por llegar-me al teatro antes de cenar, para traer-me algún dinero... Por más que ya es tan tarde... Las pícaras visitas me han fastidiado.
- FRAS (Por el foro.) Qué, ¿habla usted todavía con la gente?
- MEL. ¡Oh, Frasquita! ¡Tanto bueno por aquí!... Todavía sí hablo... Mañana, ya veremos... ¡Je!...
- FRAS. ¡Amigo, vaya unos piropos que le echan á usted los diarios!
- MEL. Sí, señora; me tratan casi todos mejor de lo que yo merezco. Siéntese usted. (Se sientan los dos al brasero.)
- FRAS. Pues yo me dije: aquel buen señó se va á subí á las nubes y no va á habé quien lo resista.
- MEL. Si usted estuviera en las nubes, á las nubes me subiría yo.
- FRAS. Don Melquiades, por los clavos de Cristo, no se ponga usted *calagurritano*.
- MEL. ¿*Calagurri*... qué?
- FRAS. *Calagurritano*. Una palabra que yo uso mucho.
- MEL. Y ¿qué significa?
- FRAS. ¡Huy! ¡la má de cosas!... Pero no divaguemos. Tengo que darle á usted una notisia ¡de rechupetel!
- MEL. ¿Qué noticia?
- FRAS. ¿Ha visto usted ese periódico nuevo que sale los martes?
- MEL. ¿Cual, *El Delirio*?
- FRAS. Ese.
- MEL. Sí, lo he visto, sí.

- FRAS. Pues mi Pepiyo está ayí pa hasé la sección de teatros, ¿sabe usted? Y esta tarde le ha dicho el directó que luego van á vení dos redactores á verlo á usted, porque quieren sacarlo en el periódico.
- MEL. ¡Frasquita! ¿es eso cierto?
- FRAS. ¿Me ha cogio usted á mí en algún embuste?
- MEL. ¡Pues no sabe usted lo que le agradezco la nueva! Es claro, como he adquirido fama en una noche, querrán dar mi retrato y mi... Claro es.
- FRAS. ¿Me parece que estará usted contentito de habé nasío?...
- MEL. ¡Naturalmente!... Y al lado de usted, ¿cómo no?
- FRAS. ¿Vuelta á lo mismo, don Melquiades?
- MEL. Señora, es que á mi triunfo teatral le falta una nota...
- FRAS. Pues hijo de mi vida, usted que es músico...
- MEL. Le falta la nota del amor.
- FRAS. ¿De veras? ¿Está usted enamorado?
- MEL. Sí.
- FRAS. ¿De alguna corista?
- MEL. No.
- FRAS. ¿Conozco yo á la Dulsinea?
- MEL. Sí.
- FRAS. ¿Es soltera?
- MEL. No.
- FRAS. Pero oiga usted: ¿estamos sentenciando prendas: tres veces sí y tres veces no?
- MEL. Lo que estamos sentenciando es algo más serio. Vamos á ver, Frasquita...
- FRAS. (De esta hecha se entrega un músico.)
- MEL. Usted que ya se ha casado cuatro veces, y que aún se conserva fresca como una rosa, ¿no ha pensado nunca en la quinta?
- FRAS. (Haciendo que comprende.) ¡Ave María Purísima! Don Melquiades, usted no está bueno de la *jícara*.
- MEL. ¿Me ha entendido usted?
- FRAS. De sobra. Usted pretende ser el quinto, ¿no?
- MEL. Cabalmente. Ya sabe usted que no hay quinto malo.
- FRAS. ¡Hijo, pero eso es en los toros!

- MEL. Vaya, hablemos en serio.
FRAS. ¿Se ha trastornao usté, hombre de Dios? ¿No le teme usté al panteón de maridos, como usté dise? Porque mi pobresito Juan Ante Portam Latinam, que fué el cuarto, se murió na más que pensando en el quinto.
- MEL. No, pues á mí el sexto no me preocupa.
FRAS. ¡Ay, por Dios, no me hable usté del sexto todavía!.. Ni del quinto tampoco. Nosotros estamos ya... *calagurritanos*, don Melquiades... Dejemos eso de casarse pa los muchachos...
- MEL. Si los muchachos no se quieren... si no congenian... Laurita le da todos los días calabazas á Pepe... Y aunque así no fuera... ¿qué tiene que ver una cosa con otra?
- FRAS. ¡Na: que está usté emperrao!
MEL. Precisamente yo esperaba con cierta avidez mi triunfo escénico para poder ofrecerle á usted á cambio de su blanca mano, prenda para mí de inestimable valor, algo más que unos pobres papeles de música.
- FRAS. (Levantándose.) Vaya, con ese discurso me ha echao usté.
- MEL. ¿Se va usted ya? ¿Y me deja usted así, en la duda?
- FRAS. Sí, señó. Lo consultaré con la almohada.
MEL. ¡Qué mala es usted!
FRAS. No, hijo mío, es que hay que pensarlo to: son cuatro difuntos á los que les reso... Y crea usté que resarle al quinto me horripila.
- MEL. Pero, Frasquita, ¿me da usted ya por muerto? El quinto... ¡el quinto es no matar!
- FRAS. E- que quiero vé si se lo quito á usté de la cabeza...
- MEL. ¡Ingratona!... ¿Vendrá usted luego?..
FRAS. Vendré... Quede usté con Dios, guasa viva...
MEL. (Con dulzura.) Vaya usted con él... *cala. . calagurritana* de mi alma...
FRAS. (Yéndose por el foro.) ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA IV

DON MELQUIADES, LAURA y FABIO

- MEL. (Rebosando satisfacción.) ¡Dios mío de mi vida! ¡Todo me sale bien desde anoche! ¡Se nos ha puesto el santo de cara! El estreno, un triunfo; mis pretensiones amorosas... ¡otro triunfo! Porque no debo dudarle un instante: ¡Frasquita está por mí! ¡Oh, cuánta dicha! Si se revienta de júbilo, yo reviento de mañana á pasado... Y por si fuera poco todo eso, ¡va á venir un redactor de *El Delirio* á visitarme!... ¡Estoy hecho un prohombre! Pero ¿qué hago ya que no se lo cuento á mis hijos? ¡Hijos de mi alma! (Llamando.) ¡Laurita! ¡Fabiol! ¡Venid acá en seguida!
- FABIO — (Por la primera puerta de la izquierda con una cuartilla.) Papá, mira el borrador del comunicado.
- MEL. ¡Bah! déjate de historias... No te metas con ningún periódico... La prensa es muy respetable, hijo mío. ¿Qué importa que haya desentonado uno en medio de un coro de alabanzas?... ¡Laurita!..
- LAURA (Por la derecha.) ¿Qué quieres, papá?
- MEL. Quiero participaros una gran noticia. ¡La felicidad se nos ha entrado por las puertas! (Suena el timbre de dentro.) ¡Ahí está ya!
- LAURA ¿Quién?
- MEL. ¡Un periodista! ¡Un redactor de *El Delirio*, que quiere celebrar conmigo una *interview*!
- LAURA (Batiendo palmas) ¿De veras?
- FABIO — ¡Papá, esto es ya más de lo soñado! (Rompe la cuartilla con que salió.)
- MEL. ¡Mucho más, hijos míos! Laura, corre á abrirle á ese hombre.
- LAURA En seguida, papá. (Corre hacia el foro y vuelve.)
- FABIO — Yo tengo que adecentarme un poco... Cuando menos me afeito...
- MEL. Oye, niña; que pase aquí.
- LAURA Eso iba á preguntarte... ¿Aquí?

- MEL. Esto es lo más decente de la casa. Mi despacho da pena verlo...
- FABIO — Sí, sí; que pase aquí. Yo me voy. (Vase Laura corriendo por el foro y Fabio por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA V

DON MELQUIADES y POLILLA

- MEL. ¿Y qué actitud debo yo tomar para recibirlo?... Una actitud digna, propia de un hombre superior... Sí, porque son el diablo y luego cuentan cómo se les recibe... Que me sorprenda así, meditabundo... (Se sienta en una actitud poco natural, que resulte ridícula.)
- POL. (Por el foro.) ¿Da usted su permiso?
- MEL. (Yo estoy abstraído y no oigo una palabra.)
- POL. ¿Se puede pasar?
- MEL. ¿Eh? (Levantándose) Adelante.
- POL. ¿Es al señor don Melquiades Albaricoque á quien tengo la honra de hablar?
- MEL. Servidor de usted... Pase usted... ¿Cómo está usted?
- POL. Bien, ¿y usted?
- MEL. Para servir á usted.
- POL. ¿Su familia de usted?
- MEL. Buena, ¿y la de usted?
- POL. Como la de usted.
- MEL. Siéntese usted.
- POL. Primero usted.
- MEL. Usted...
- POL. Usted... (Se sientan ambos, cuidando de hacerlo á un mismo tiempo.) Ante todo, señor Albaricoque, le doy a usted mi más cordial enhorabuena por su legítimo triunfo.
- MEL. Muchas gracias.
- POL. Enhorabuena que no viene sola, puesto que la acompañan las de todos mis compañeros de *El Delirio*, director inclusive.
- MEL. Gracias... Felicitaciones de personas que valen tanto...
- POL. Muchas gracias...

- MEL. Son para mí doblemente halagüeñas.
POL Gracias.
MEL. No hay de qué.
POL. Gracias...
MEL. No hay de qué, señor.
POL Digo que gracias á su amabilidad, señor don Melquiades, podremos dar el martes á los cien mil y dos lectores de *El Delirio* algunos curiosos datos biográficos é íntimos del que es hoy por excelencia el hombre del día.
- MEL. (Con modestia.) ¡Jesús! .. Lo del día... pase... pero lo del hombre... ¡de ninguna manera!
POL. ¿Cómo?
MEL. Al revés, al revés precisamente. (Estoy turbado...)
POL Conque usted me dirá lo que guste, insigne maestro, seguro de que los cien mil y dos lectores de *El Delirio* se lo han de agradecer. Usted ya no se pertenece á sí propio ni pertenece á su familia; pertenece usted á la prensa y al público.
- MEL. Hombre, mire usted: hablando en plata .. yo .. datos biográficos de interés .. no tengo realmente...
POL. Bueno, eso es modestia. Ya irán saliendo. Conteste usted á mis preguntas, y listo. (Saca unas cuartillas y un lápiz, y se dispone á escribir.) ¿Usted nació...?
MEL. Es claro.
POL. Pregunto el sitio.
MEL. En Toledo.
POL. ¡Ah! ¡en Toledo!... ¿A quién conozco yo en Toledo?... En Toledo... en Toledo... (Después de hacer memoria) No conozco á nadie en Toledo... (Escribiendo.) «Nació en Toledo, hijo de padres pobres, pero honrados.»
- MEL. No, señor.
POL. ¿No eran honrados?
MEL. Sí, pero...
POL. ¡Ah! pero no eran padres...
MEL. Sí, pero no eran pobres.
POL. Está bien. (Rectificando.) «De padres ricos, pero honrados.»

- MEL. ¿No ha oído usted hablar nunca de los Albaricoques de Toledo?
- POL. ¡Oh, sí, muchísimo! ¡Tienen fama! Los del hueso dulce...
- MEL. Me refiero á los Albaricoques de apellido...
- POL. ¡Ah, ya!... Perdone usted la indiscreción. ¡También tiene fama!
- MEL. Pues bien; descendiente de esos Albaricoques soy yo. Y no hay que confundir el apellido con los Albar y Coques. Porque Albar hay muchos, y Coques ¡no se diga! Pero Albaricoques en una pieza nada más que nosotros. Tanto, que todos los Albaricoques que vea usted por ahí son parientes míos. De la misma rama. Si quiere usted le enseño el árbol...
- POL. No; basta que usted lo diga (Escribiendo.) «Monopolio de los Albaricoques.» La afición á la música, ¿se despertó en usted prematuramente?
- MEL. Al contrario; muy tarde.
- POL. Eso es bueno. Las precocidades me escaman. Soy de los que creen que el verdadero talento no se revela hasta la edad madura. Con permiso de usted. (Escribiendo.) «Albaricoque... maduro.» Y, vamos á ver, ¿sería usted tan complaciente que me dijera alguno de sus rasgos particulares, de esos detalles insignificantes al parecer, pero que son en realidad dignos de estudio y al mismo tiempo la salsa de los hombres de genio?
- MEL. ¡Me pide usted unas cosas, canario! ¡Yo apenas tengo salsa!... No escosa de decirle al público, por ejemplo, que duermo boca arriba...
- POL. ¿Cómo que no? ¿Está usted en su juicio? ¡No esperaba yo rasgo tan saliente! (Escribiendo con entusiasmo) «Duerme boca arriba»
- MEL. Sí, porque boca abajo sueño cosas tristes...
- POL. (Escribiendo como antes) «Cosas tristes... boca abajo..» ¡Oh, precioso, precioso! ¡Por Dios, caballero, si viene alguno de *El Disloque*, que nos hace la competencia, no le facilite usted este interesantísimo detalle!
- MEL. Pierda usted cuidado.

- POL. Otra cosita. Conmigo viene el fotógrafo de la casa, señor Instantáneo. (Don Melquiades mira á todas partes buscando con la vista al fotógrafo. Polilla al observarlo le dice:) No; se ha quedado ahí fuera...
- MEL. ¡Pues que pase aquí! (se levanta.)
- POL. (Levantándose también.) Ya comprenderá usted el objeto. Quiero darles á los cien mil y dos lectores de *El Delirio* una plana de «información íntima.» Así es que, si usted nos lo permite, sacaremos fotografías diversas... Usted en su despacho, escribiendo... una polca; usted en su dormitorio, en el primer desperezo de la mañana... Es un ejemplo: se me ha ocurrido ahora mismo...
- MEL. Corriente, sí, que pase ese señor... (Lo malo es que van á ver mi catre, que es materialmente una hamaca.)
- POL. Crea usted que en esto de la información gráfica *El Delirio* va á la cabeza. Tenemos en cartera preciosidades. De la boda de la condesita de Oro y Azul, hemos obtenido, entre otras, una fotografía verdaderamente *sensacional*: el primer beso de la amante pareja.
- MEL. ¿Y están ustedes seguros de que es el primero?
- POL. ¡El público las traga como puños!... (Va á la puerta del foro y llama al Fotógrafo.) Amigo Instantáneo, pase usted.

ESCENA VI

DICHOS, EL FOTÓGRAFO Y EL CRIADO

- FOT. (Por el foro.) Muy buenas noches...
- POL. (Presentándosele á don Melquiades.) El señor Albaricoque...
- MEL. Servidor de usted.
- FOT. Tanto gusto en conocerle... Y mil enhorabuenas.
- MEL. Gracias...
- POL. Cuando usted quiera, querido Instantáneo, podemos principiar.

- FOT. Pues ahora mismo.. Esperen un instante.
(Vase por el foro y sale en seguida con una caja donde va la máquina fotográfica. Le sigue el Criado con un trípode y un pedazo de tela negra.)
- POL. Ya verá usted qué maravillas hace este Instantáneo...
- MEL. (Reparando en el Criado.) (Pero, ¿viene otro?)
- POL. ¿Le sorprenden á usted los artefactos?
- MEL. No.. no... Ya comprendo que emplean ustedes la... el..el...
- FOT. El magnesio.
- MEL. Justamente... eso es: el magnesio. (¡Yo no sabía más que de la magnesia!)
- POL. Bueno: pues si usted no dispone otra cosa, señor don Melquiades, entiendo que debemos empezar por sacarlo á usted en su despacho...
- MEL. Me parece muy bien... Entren ustedes por aquí... (Señalando la primera puerta de la izquierda.)
- POL. Usted primero.
- MEL. Corriente. Yo les enseñaré el camino. Van ustedes á ver el despacho de un músico pobre... (El piano, una silla y un cartel de toros.) (Vase. Polilla invita á pasar antes que él al Fotógrafo y luego al Criado, los cuales, tras algunos cumplidos, le obedecen. Ultimamente repite la invitación como si quedara otra persona, y al verse sola da media vuelta y se va.)

ESCENA VII

FABIO y POLILLA

- FABIO — (Por la segunda puerta de la izquierda, con una toalla al cuello y toda la cara llena de espuma de jabón. En las manos trae una jofaina de hojalata con agua, una taza ordinaria con jabón y brocha dentro, y una navaja de afeitar) ¡Por vida del diablo! ¡Qué ocurrencias tiene mi padre! ¿Pues no les está enseñando la casa?... ¡Y qué bonita la tenemos para que la prensa la vea!... Nada, que no se puede ser hombre célebre... Si me diera tiempo de afeitarme aquí, mientras andan por allá dentro esos señores... Pero

- ¡ca! no va á ser posible. (Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.) ¡Como que ya viene ahí uno de ellos! (Vase corriendo, con todos los utensilios de afeitarse, por la derecha.) ¡Huyamos!
- POL. (Por la primera puerta de la izquierda corriendo también.) El amigo Instantáneo se ha dejado el aparato de la luz en el recibimiento... (Vase por la derecha.)
- FABIO — (Por el foro, corriendo,) ¿Adónde irá ese hombre?... Entre todos me van á dar el afeitado... El jabón me pica que es un gusto.. ¡Maldita sea mi suerte! ¿Y quién se afeita á paso de ataque? (Mirando hacia la puerta de la derecha y volviendo á irse por el foro, despues de vacilar.) ¡Anda, ya viene ahí otra vez!
- POL. (Por la derecha.) Pues me he equivocado de puerta. ¡Qué torpe soy!... Es por aquí... (Vase corriendo por el foro)
- FABIO — (Saliendo otra vez por la derecha.) ¡Estoy corrido!... ¡corrido!... Y lo que me queda que correr todavía... (Sale Polilla por el foro con el aparato de la luz desplegado, en la mano. Fabio, sobrecogido, no puede reprimir un grito cómico. Polilla se asusta al oírlo, y deteniéndose bruscamente en su carrera se vuelve hacia Fabio y lo mira lleno de estupor. Fabio se queda clavado. Ambos, por último, se saludan cortesmente.)
- FABIO — Servidor de usted.
- POL. Beso á usted la mano. (Se está afeitando el hombre.) (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII

FABIO y LAURA

- FABIO — ¡Qué bochorno, señor! ¡Hay para cortarse la cabeza!
- LAURA (Saliendo por la puerta de la derecha.) Fabio, ¿qué haces así?
- FABIO — Calla, mujer... no sabes... ¿Tú dónde estabas?

- LAURA En mi alcoba arreglándome un poco... l'or cierto que he oído unas carreras...
- FABIO — Como que el periodista y yo hemos andado jugando al escondite.
- LAURA Pues hombre, no estés así más tiempo.
- FABIO. — (Desistiendo de afeitarse.) Vaya, hay afeitados con mala sombra. Avisame tú si alguien se acerca. Voy á quitarme el jabón, y en paz. (Pone los útiles de afeitarse sobre la mesa, y se enjuaga la cara en la jofaina. Luego se quita la toalla que lleva al cuello y se seca con ella. Laura no deja de mirar hacia la primera puerta de la izquierda mientras tanto. Pausa.)
- LAURA Anda aprisita... no te detengas mucho.
- FABIO ¿Vienen?
- LAURA No; pero es conveniente que no tardes. (Nueva pausa.)
- FABIO — Ea, ya estamos listos. Quiere decir que mañana me afeitaré.
- LAURA ¡Ahora sí que vienen!
- FABIO — ¿Dónde metemos estos chirimbolos?
- LAURA Mételos ahí mismo, en el aparador.
- FABIO — ¡Diablo de prisas! (Coge todos los útiles, menos la brocha, y los guarda precipitadamente.)
- LAURA Vamos, que te sorprenden.
- FABIO — Ya voy, mujer... ¡Huy, me he dejado la brocha! (La coge de encima de la mesa para guardarla, á tiempo que sale don Melquiades por la primera puerta de la izquierda.) ¡Toma! ¡si es papá! (Quédase con la brocha en la mano.)
- LAURA Sí; pero yo ¿qué sabía?

ESCENA IX

DICHOS y DON MELQUIADES

- MEL. (Por la primera puerta de la izquierda, muy azorado. Habla á media voz.) Conflicto en puerta... ¿No sabéis lo que ocurre?
- LAURA No; como tú no te expliques...
- MEL. Esos hombres me han puesto en un com-

- promiso... Acaban de hacerme una fotografía escribiendo un vals... Ahora van á hacerme otra ideando un pasacalle... Allí se han quedado disponiendo las placas.
- FABIO — Bueno, pero ¿dónde está el compromiso?
- MEL. Ya verás: es flojo. Me pregunta el periodista...
- FABIO — ¿Cual?
- MEL. ¡Cual! ¡El que ha venido! Me pregunta el periodista...
- LAURA Pero...
- MEL. ¡Pero! ¡pero! ¡Así no nos vamos á entender! Me pregunta el periodista si hemos cenado. Le contesto que no, que hay tiempo de hacer lo que él quiera. ¿Y qué diréis que me responde? ¡Que lo que quiere es sacar un grupo de toda la familia comiendo!
- LAURA ¡Virgen de Atocha!
- FABIO — (En tono de reprensión.) ¡Papá!
- MEL. ¡Hijo!
- FABIO — ¡Estás en Belén con los pastores! (Agita la mano en que tiene la brocha y rocía á don Melquiades, que se aparta de él y se seca con su pañuelo.)
- MEL. ¡Hombre, que me salpicas!
- LAURA ¡Ay, Dios mío, qué apuro tan grande!
- MEL. ¿Qué queríais que hiciera? ¿Decirles que no tenemos ni vajilla... ni...?
- FABIO — No, pero...
- MEL. ¡Qué pero, ni qué calabazas! ¿Sabéis lo que me respondió uno cuando yo traté de excusarme? ¡Pues que ellos no van á caer en la sopa!
- LAURA Ah, no: en la sopa, no... ¡No hay sopa!
- MEL. Con que ved vosotros lo que discurrís, que á mí me aguardan.
- FABIO — ¡Eso es: te vas... y ahí queda eso!..
- MEL. ¡Claro! ¿Lo voy yo á remediar?
- LAURA ¿Y nosotros?
- MEL. ¡Vosotros haced lo que os dé la gana!... Yo tengo que irme. ¡Se acabó! (Yéndose por la primera puerta de la izquierda) ¡Que no ha de haber dicha completa en este mundo!

ESCENA X

LAURA y FABIO; después BERNABÉ

(Laura cruza las manos y Fabio los brazos, y se miran perplejos unos instantes.)

LAURA Tú dirás.

FABIO — No, hija; la que tiene que decir eres tú...

LAURA ¿Yo?... Pues lo que es á mí, no se me ocurre nada.

FABIO — Ni á mí tampoco. (Suena el timbre de dentro.)

LAURA ¡Ah! ¡ese es Bernabé! ¡El cielo nos lo envía!

FABIO — ¡Es verdad!

LAURA ¡Corre á abrirle! El es muy listo y podrá salvarnos. (Vase Fabio por el foro, y sale poco después con Bernabé.) Lo que es como no nos ilumine Bernabé, no sé qué va á ser de nosotros... Porque Fabio y yo no damos pie con bola.

BERN. (Dentro.) ¿Un gran conflicto dices? No será tanto... (Saliendo por el foro con Fabio.) ¿Cómo está usted, Laurita?

LAURA En este momento muy mal.

BERN. ¿Pero es de veras lo que dice Fabio?

FABIO — Que te cuente mi hermana...

LAURA (Muy apurada.) Imagínese usted que como papá se ha hecho célebre en un decir Jesús, se nos ha entrado por las puertas un periodista con un fotógrafo... ¡y quiere retratar-nos comiendo!

BERN. ¡Atiza!

LAURA Ya ve usted qué cosa más difícil...

FABIO — ¡Ya ves tú qué apuro! Aquí no hay platos, ni manteles, ni servilletas, ni cubiertos...

LAURA El pobre de papá tiene que comer los garbanzos con unas tijeras...

FABIO — A mi tenedor le faltan tres dientes... y el mango.

BERN. La ensalada se la sirven ustedes con un compás... yo lo he visto.

LAURA Pues mire usted, eso es lo único que tenemos hoy presentable: ensalada de lechuga.

- BERN. ¿Nada más que ensalada de lechuga? Entonces está verde la solución.
- FABIO — ¡Y tan verde! Sin embargo, yo creo que lo de menos es la comida; porque esos señores han de ver el primer plato, á lo sumo...
- LAURA Tienes razón; aquí lo importante es el servicio de mesa.
- BERN. ¡Ah! ¡Qué rayo de luz! ¡Nos hemos salvado!
- FABIO — ¿Si?
- LAURA —
- BERN. ¡Sí! (Contentísimo.) Ya hay cubiertos, manteles, servilletas, platos, fiambres... Para lograr el buen efecto, que es lo que se pretende, ¡todo lo necesario! Oigan ustedes. La alegría no me deja hablar... Este señor... este... ¿cómo le dicen?
- FABIO — ¿Quién?
- LAURA —
- BERN. Este diablo... este vecino que siempre que llama da tres golpes de timbre...
- FABIO — ¡Ah! ¡Don Telesforo!
- BERN. Don Telesforo. ¿No es hombre que se trata á cuerpo de rey?... ¿No se ha ido de caza por unos días?... ¿No les deja á ustedes siempre que se va la llave de su cuarto?... (General regocijo.)
- LAURA ¡Es verdad!
- FABIO — ¡Excelente ocurrencia!
- LAURA ¡Viva Bernabé!
- FABIO — ¡Vivaaa!
- LAURA ¡Schss! Más bajito.
- BERN. Gracias, muchas gracias.
- FABIO — ¡Soberbia mesa vamos á presentar!
- BERN. ¡Me siento orgulloso!
- LAURA (Con desaliento.) Pero, calle...
- FABIO — (Asustadísimo.) ¿Qué?
- LAURA Un nuevo inconveniente.
- FABIO — ¿Cual?
- LAURA ¿Quién va á asistirnos á la mesa?
- BERN. ¡Toma! ¡Vaya un inconveniente! ¡Yo mismo!
- LAURA ¿Usted?
- BERN. ¿Por qué no? Mientras yo esté aquí, usted no se atribule por nada. ¿Se trata de *dar golpe*? ¡Pues á darlo de lleno!

LAURA ¡Ay, Dios mío! ¡Este Bernabé es de pasta floral!

BERN. (¡De pasta floral!) Fabio, no hay tiempo que perder: vamos á la despensa del vecino... (Fabio saca del aparador una llave.) ¿Qué hace falta? ¿que sirva á la mesa? ¡Pues sirvo á la mesa! ¿Que barra la casa? ¡Pues barro la casa! ¡Pídame usted otra cosa, Laurita! ¡Pídame usted que me tire por el balcón! ¡Verá usted como me tiro inmediatamente!

LAURA ¿Qué le he de pedir yo eso?

BERN. ¿Tienes la llave, Fabio?

FABIO — Mírala. Vamos á escape.

BERN. ¡Vamos allá, cuñado de mis ilusiones!

FABIO — ¿Cuñado? ¿Pero éste se ha vuelto loco?

BERN. ¡Anda, hombre, anda! (Echan á correr los dos hacia el foro, por donde se van.)

ESCENA XI

LAURA

¡Pobrecillo! ¡Reventando de gozo va! ¡Qué bueno es, qué listo y qué simpático! (Va quitando de encima de la mesa todo lo que hay.) ¡Cuidado que se le ocurrió pronto la idea para sacarnos del apuro! Y cómo me quiere, ¿eh? En las menores cosas lo demuestra. ¡Y cuánto me gusta á mí que me quieran mucho!... Si le mando hace poco que se tire por el balcón, como me pedía, se tira sin duda... No habrá muchos hombres capaces de lo mismo. ¡Tirarse por un balcón!... ¡Ahí es nada!... Algunos quieren hacerlo después de casados y sin que nadie se lo mande... ¡Pero eso ya no tiene chiste!... Vaya, vaya, vaya con Bernabé...

ESCENA XII

LAURA, BERNABÉ y FABIO

- BERN. (Por el foro, con un frutero con peras y manzanas en una mano, una pila de platos en la otra, al brazo un mantel, un salchichón plateado en el bolsillo derecho de la americana y varios cubiertos en el izquierdo.) Coja usted este mantel, resalada, y extiéndalo al punto sobre la mesa.
- LAURA (Obedeciéndolo.) Verá usted qué prontito. ¡Ajajá!
- BERN. (Dejando encima de la mesa todo lo que trae: el salchichón lo último.) Vaya... vaya... vaya... y vaya. (Se va corriendo por el foro)
- LAURA Iré disponiendo la mesa. El periodista y el otro se van á quedar viendo visiones...
- FABIO (Sale con otro salchichón plateado debajo del brazo, y un canasto en la mano, donde trae todo lo que nombra.) Ese Bernabé parece que no tiene ojos; por poco me revienta.
- LAURA Oye, ¿qué traes en ese canasto?
- FABIO Algunas servilletas, dos botellas de Jerez y varias copas... Dame acá ese otro salchichón que ha traído Bernabé. (Cuando desocupa el canasto echa dentro los dos salchichones.)
- LAURA Voy á distribuir los cubiertos. (Coloca uno de frente al público, otro á la derecha del actor y otro á la izquierda.)
- FABIO Toma las servilletas y las copas.
- LAURA Trae. (Las pone convenientemente.)
- BERN. (Sale con dos platitos de aceitunas que dejará en la mesa.) Este detalle no tiene precio: los entremeses.
- LAURA ¿Aceitunas? Supongo que el salchichón será también para los entremeses.
- FABIO Para los entremeses y los *meses*, porque casi no hay más que salchichón...
- BERN. ¡Ríete, ríete! ¡Vaya una mesita que hemos puesto!
- LAURA Gracias á usted todo... De esta hecha lo canonizamos, no hay remedio.

- BERN. ¿Y va usted á colocarme en el altarcito de su corazón?
- LAURA ¡Quién sabe! (Pone el frutero en medio de la mesa y á los lados las dos botellas de vino.)
- BERN. (¡Dice que quién sabe, Dios mío!)
- FABIO — (Sacando del aparador un talego de pan, del que Laura toma el necesario.) El pan, Laurita.
- LAURA Venga. Poquito, que esto es de muy buen tono.
- BERN. ¿Ve usted? Ya está todo listo y á las mil maravillas.
- FABIO — Que se hace tarde. Laurita, avisa á papá y á esos caballeros. Y tú vente conmigo á la cocina.
- BERN. Nos llevaremos esto. (Coge el canásto y se va con Fabio por la segunda puerta de la izquierda.)
- FABIO ¡Andando!
- BERN. ¡Andando!

ESCENA XIII

LAURA, DON MELQUIADES, POLILLA, EL FOTÓGRAFO, EL CRIADO, FABIO, FRASQUITA, PEPE y BERNABÉ, que asistió á la mesa.

- LAURA (Asomándose á la primera puerta de la izquierda y llamando.) ¡Papá!. . ¡Papá! ¡Ya pueden ustedes venir! La verdad es que ninguno imaginaba dar un efecto semejante. (Sale don Melquiades, y detrás de él Polilla, el Fotógrafo y el Criado con todos los útiles que sacaron antes, y que colocan luego á la derecha del actor. Don Melquiades, al ver la mesa, retrocede sorprendido y pasándose las manos por los ojos, como si dudase que es cierto lo que ve.)
- MEL. (¡Esto es una comedia de magia!)
- POL. (Saludando á Laura.) Señorita...
- LAURA (A don Melquiades.) (Preséntame, papá.)
- MEL. Señor Polilla, señor Instantáneo... Mi hija.
- POL. Tanto honor ..
- FOT. Tanto gusto...
- LAURA El gusto es mío.
- MEL. (A Laura.) (¡Pero, oye, ¿qué milagro es éste?)
(Suenan el timbre de dentro.)

- LAURA Lllaman. Yo misma iré á abrir. (Vase por el foro.)
- FABIO — (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.) Señores...
- MEL. Señor Polilla, señor Instantáneo... Mi hijo.
- POL. Tanto honor...
- FOT. Tanto gusto ..
- FABIO — El gusto es mío...
- POL. (Fijándose en la cara de Fabio.) (¡Qué mal se ha afeitado!)
- MEL. (A Fabio.) (Tú, Fabio, ¿quieres explicarme...?)
- FRAS. (Por el foro, con Pepe y Laura.) ¿Se puede?
- FABIO — Adelante, señora.
- MEL. (¡Nada, que no me dicen una palabra!)
- PEPE Caballeros, saludo á todos.
- POL. Hola, compañero. Señora...
- MEL. Señor Polilla, señor Instantáneo... Doña Frasquita Mata, viuda de Vives, de Robles, etcétera, etc.
- POL. Tanto honor...
- FOT. Tanto gusto...
- FRAS. El gusto es mío...
- MEL. Vienen ustedes como pedrada en ojo de boticario.
- POL. Sí que vienen muy bien. Así resultarán más animadas las fotografías. (Pasa á la derecha con el Fotógrafo y el Criado.)
- LAURA Conque á sentarnos.
- MEL. ¿Quieren ustedes comer con nosotros?
- FRAS. Gracias, don Melquiades. (Reparando en la mesa.) (¡Ay, qué lujo! ¿De dónde habrán sacao to esto?) (Don Melquiades se sienta á la mesa, frente al público. Fabio á la izquierda de don Melquiades, y á la derecha Laura. Cerca de la mesa, á la izquierda del actor, Frasquita. Pepe permanece de pie, yendo de un lado á otro. El Fotógrafo pone junto al balcón el trípode con la máquina, y valiéndose de la tela negra trata de enfocar convenientemente.)
- POL. Ustedes principien su comida sin ocuparse de nosotros, ¿eh? Ya los sorprenderemos.
- LAURA Eso sí que no. Nosotros no empezamos hasta que ustedes no terminen.
- POL. La naturalidad exige lo contrario, señorita...
- MEL. Sí, sí, la naturalidad sobre todo... ¡Comeremos! ¡comeremos!

- FRAS. Coman, coman ustedes. (Quiero yo vé cómo se tratan hoy.) (Polilla toma nota de todo, hasta de la marca de fábrica del vino, y no se aparta de la mesa mientras no se va de escena Bernabé.)
- FABIO — (¡Bueno va! Llamaremos á ese...) (Llamando.)
¡Ramón!... (Breve pausa. Don Melquiades lo mira estupefacto.) ¡Ramón!
- MEL. (Con gran extrañeza.) ¿A quién llamas, hijo?
- LAURA Papá, á Ramón... ¡Tienes unas cosas!
- MEL. ¡Ah, sí, á Ramón!... (¡No vuelvo de mi asombro!) (Llamando.) ¡Ramón! (¡Qué ha de venir Ramón!)
- FRAS. (¿Qué Ramón será ese?)
- POL. Estos criados parecen sordos, ¿verdad?
- MEL. No, este nuestro lo es, efectivamente.
- LAURA Ya está ahí.
- MEL. (Volviendo la cabeza asombrado.) ¿Dónde? (Sale Bernabé por la segunda puerta de la izquierda con dos platitos de lonjas de salchichón, que deja en la mesa. Don Melquiades, al verlo, sofoca aparte una carcajada, así como Frasquita y Pepe.)
- FRAS. (¡Ay, qué cosa más graciosa!)
- MEL. (¡Diablo de chicos!)
- PEPE (¡Qué bueno!)
- BERN. (¿Pues no hay visita? Si lo sé, no salgo.)
- FABIO — ¿Qué hacías, hombre? Estamos llamándote hace una hora.
- BERN. Preparaba los entremeses, señor.
- LAURA Iremos haciendo boca con estas lonjitas.
- POL. ¡Ah! ¿Es costumbre de ustedes hacer boca...?
- FABIO — Costumbre inveterada.
- MEL. (Es la primera vez que ocurre, pero, en fin...)
- POL. (Escribiendo.) «Toda la familia se hace la boca con salchichón.»
- MEL. (Así se escribe la historia.)
- LAURA Pero, Ramón, ¿qué hace usted ahí como un tonto?
- FABIO — ¡Vé por la sopa, grandísimo torpe!
- BERN. (¡También es gana de comprometer!) La sopa... la sopa se ha quemado.
- LAURA ¡Siempre se ha de quemar la sopa!
- FRAS. Mire usted que es desgrasia...
- LAURA Bueno, pues... entonces... traiga usted el frito...

- BERN. ¿El frito, eh? (Aquí no hay más frito que yo.) El frito... se ha quemado.
- LAURA ¿También?
- POL. (¡Por lo visto hay fuego en la cocina!)
- MEL. ¡Qué demonches de quemaduras!
- FABIO — Pues mira, tú, sírvenos lo que haya.
- BERN. ¿Lo que haya?... (¡Salchichón! ¿Y quién es el guapo que trae más?)
- FABIO — ¡Vivo, hombre, vivo!
- BERN. (¡Quisiera yo haber visto á Romeo haciendo este papel en casa de Julieta!) (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)
- MEL. (A Fabio.) (Oye, Fabio, ¿quieres decirme de qué fonda es esto?..)
- FABIO — (¡De la despensa de don Telesforo, papá!)
- MEL. (Soltando la risa.) (¡Anda, morena!)
- FOT. Así está bien. Vamos con la primera fotografía.
- POL. A los postres haremos otra.
- LAURA (Alarmada.) ¿A los postres?
- FABIO — (¡Estos nos dan hoy la comida!)
- POL. Usted, Pepito, colóquese allí junto á su mamá
- PEPE Donde usted disponga. (Todos obedecen las indicaciones de Polilla y del Fotógrafo.)
- FRAS. Y yo, ¿dónde me coloco?
- POL. Ahí está usted divinamente... Extienda usted un brazo, como si estuviese aceptando una aceituna. . Muy bien... (A Fabio.) Usted, pollo, ofreciéndole á esta señora la aceituna... ¡Ajajá!.. Usted, Pepito, mirando complacido la aceituna... ¡Bravo!.. Usted, maestro, llevándose á la boca otra aceituna... ¡Bravísimo! Y usted, preciosa señorita, ¿cómo la colocaremos?... Bueno, sí; tendiéndole la mano á otra aceituna... ¡Admirable!
- MEL. (¡Qué imaginación!) A mí se me ocurre que yo debía estar de otra manera...
- POL. ¿Cómo?
- MEL. ¡Mandando al criado por más aceitunas!
- POL. ¡Je! ¡Qué bromista!
- LAURA Como que este señor ha compuesto el paso de las aceitunas.
- FRAS. Lo peó es que vamos á paresé estorninos á

la hora de acostarse. (Pepe saca su cartera y apunta el chiste.)

POL. ¡Je, je! ¡Estorninos dice! No importa... Tengan la bondad de ponerse como les he indicado. ¡Ajaja! (Rebaja la luz de la lámpara. El escenario queda á media luz.)

FOT. (Al criado, que le obedece.) Tú, prepara la mecha... Muy bien. No se mueva nadie. Ni les asuste el fogonazo, ¿eh? No es nada... Perfectísimamente. Quietos ahora .. Una... dos... y tres... (Descubre el objetivo en el mismo momento en que el criado enciende con una cerilla la mecha del aparato de la luz, que habrá tenido durante toda la escena en la mano. Al relámpago que se produce, se estremecen y gritan todos los personajes.) ¡Caramba! ¡se han movido todos!

FRAS. ¡Ay, Jesús, hijo, qué susto me ha dao usted!

LAURA ¿Y á mí, señora?

FABIO — ¡Yo lo que no veo es una palabra!

PEPE ¡Ni yo tampoco!

MEL. ¡Pues á mí se me ha atragantado la aceituna!

FRAS. No sabía yo que pa hasé retratos eran menesté fuegos artificiales...

POL. Bueno, á ver si hacemos algo de provecho, que ya se han echado á perder cuatro placas.. (Suena tres veces consecutivas el timbre del portón.)

LAURA }
FABIO — } ¡Tres!
MEL. }

POL. ·Cuatro!

BERN. (Saliendo despavorido por la segunda puerta de la izquierda, y yéndose á escape por el foro.) ¡Don Telesforo!

FRAS. ¿Qué pasa?

POL. ¿Qué es eso?

LAURA ¡Dios mío!

FABIO — ¡Abrete, tierra!

MEL. Con esta no contábamos.

POL. ¿Les ha hecho daño alguna cosa?

FRAS. Deben de habé sido tres. (Sale don Telesforo con Bernabé, por el foro. Todos se levantan.)

ESCENA XIV

DICHOS, DON TELESFORO y BERNABÉ

- FABIO. }
MEL. } ¡Don Telesforo!
LAURA }
TEL. Señores... No se molesten...
BERN. (No lo he podido impedir.)
TEL. (Reconociendo todo lo suyo.) Pero, ¿qué miro?
MEL. (A don Telesforo.) ¡Calle usted ahora por lo que más quiera en este mundo!
TEL. (Necesito una explicación.)
MEL. (Yo se la daré.) ¿Y cómo ha sido el volver tan presto, señor don Telesforo?
TEL. Por causa del perro, que se me ha puesto malo en el camino.
LAURA ¡Ay, qué dolor!
TEL. De Villaflaca no he querido pasar. Por cierto que vengo muy tristemente impresionado.
FRAS. ¿Por lo del perro?
TEL. No; eso no será nada... Pero en mi propio coche metieron á un torero herido, y si viera usted qué mal efecto...
POL. (Con mucho interés.) ¿Qué torero era, señor?
TEL. El *Alcachofa*. Lo ha cogido un toro en Guadalajara.
FRAS. ¡Jesús, qué horror!
POL. ¿Y ha llegado á Madrid con usted?
TEL. A la fonda se lo llevaban ahora mismo.
POL. (Al Fotógrafo.) ¿Qué placas tiene usted disponibles?
FOT. Cuatro.
POL. ¿Cuatro? Son bastantes... Primera cura, segunda cura, tercera cura... y la congoja del apoderado. ¡Bonita plana para *El Delirio*! ¡A la fonda del *Alcachofa* al instante! Señoras... Caballeros... A los pies de ustedes... Beso á ustedes la mano... (Vase precipitadamente por el foro.)
FOT. (Cargando con dos de sus bártulos y haciendo cargar al Criado con los demás.) ¡A escape, chico! Vaya,

que ustedes sigan bien... (Vase corriendo tras Polilla, seguido del Criado. Pepe y Frasquita hablan en voz baja.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos POLILLA, EL FOTÓGRAFO y EL CRIADO

- MEL. Pues, señor, resulta que el *Alcachofa* está á mi altura. ¡Medrados quedamos! Ahora si que le pido de veras perdón, señor don Telesforo... Ya habrá usted comprendido...
- LAURA Son periodistas.
- MEL. Se empeñaron en retratarnos comiendo...
- FABIO — Quisimos deslumbrarlos...
- BERN. A mi se me ocurrió la idea. Nadie más que yo tiene la culpa.
- LAURA (¡Otro rasgo!)
- TEL. (¡Pobre gente!) No se hable más del particular...
- MEL ¡Oh, mil gracias!
- FRAS. (A Pepe.) Pues, hijo de mi alma, si tú no me explicas este lio, todavía me tienes en ayunas.
- PEPE Yo me hice cargo en cuanto vi...
- FRAS. ¡Qué cabeza de hijo! (Fabio y don Telesforo hablan en voz baja)
- MEL. (A Frasquita.) (¿Ha pensado usted en aquello, *calagurritana* de mi alma?)
- FRAS (Sonriéndose y mirándolo con coquetería.) Sí.
- MEL. ¡Oh! ¡Esa sonrisa vale un mundo!
- PEPE (Retirándose de ambos y yéndose junto á Laura.) (Vaya, aquí estorbo yo.)
- BERN. (A Laura.) (Y ahora, ¿he hechò ya bastantes méritos, Laurita?)
- LAURA (Con bondad y dulzura.) Si, hombre, sí.
- PEPE (Apartándose de éstos como de los otros.) (¡Y aquí también!)
- BERN. ¡Oh, dulce boca!
- FABIO — ¡Magnífica idea!
- LAURA ¿Cual?
- MEL. ¿Cual?

TEL. La de marcharnos todos ahora mismo al café de enfrente á celebrar en familia su triunfo de usted.

MEL. ¡Don Telesforo! ¡me hace usted el más feliz de los hombres! ¡No me faltaba más que el *banquete*... y ya lo tengo!

(Al público.)

La comedia terminó:
si un rato les divirtió,
suplico á las buenas almas
muchos vítores y palmas..
como si estrenase yo.

FIN DE LA COMEDIA

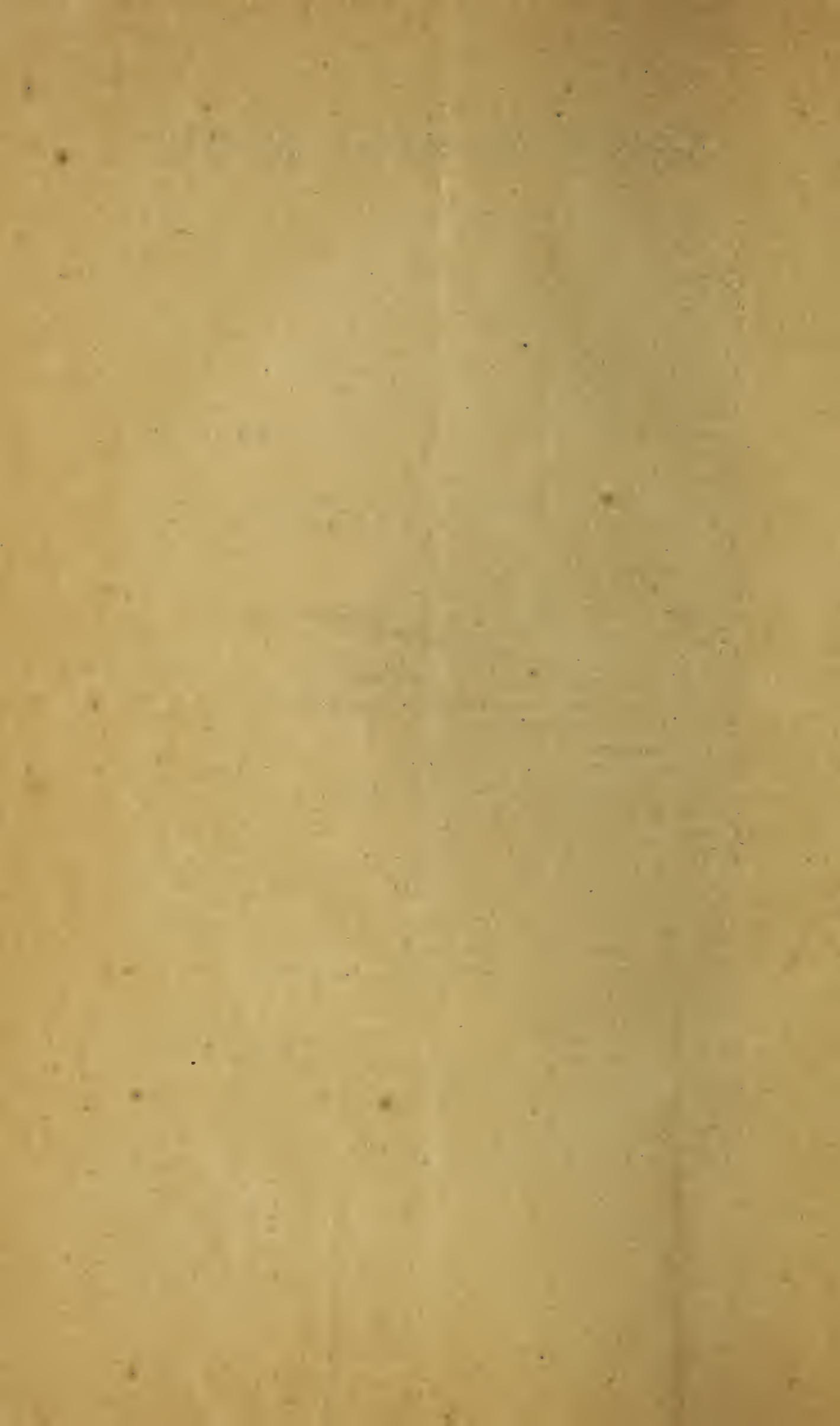
Madrid, Diciembre, 1897.

EUGENIO BALDERRAIN

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES



- Esgrima y amor*, juguete cómico. (2.^a edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.^a edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.^a edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.^a edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.^a edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.^a edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.^a edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.^a edición.)
El chiquillo, entremés. (4.^a edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
El motete, entremés con música. (2.^a edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.^a edición.)
La penz, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
¡a zahorí!, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contraña, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.





3 0112 117457959

PRECIO: 1'50 PESETAS



Todo ejemplar que no lleve el sello de la Sociedad de Autores Españoles, será considerado como fraudulento.